

## Acción santificadora del Espíritu Santo

### Encíclica «*Divinum illud munus*», del papa León XIII

La fiesta de Pentecostés completa el misterio de nuestra redención por la intervención santificadora del Espíritu Santo, que repetidas veces Nuestro Señor había prometido solemnemente a sus Apóstoles:

*«Os conviene que Yo me vaya; pues si no me voy, el Paráclito no vendrá a vosotros; pero si me voy, os lo enviaré».*

Por altísimos designios, nos dice el Papa León XIII, Cristo no quiso acabar por sí mismo la obra de la redención del género humano, sino que lo que El mismo había recibido del Padre, quiso confiarlo a su común Espíritu para que lo perfeccionase:

*«Todavía tengo muchas cosas que deciros, pero no las podéis entender ahora; mas cuando el Espíritu de verdad viniere, El os hará conocer toda verdad, y os recordará todo cuanto Yo os he dicho. No hablará de sí mismo, sino que lo oyere, eso hablará, y os dará a conocer lo por venir. El me glorificará, porque recibirá de lo mío, y os lo dará a conocer».*

De esta manera, sigue diciendo León XIII, Dios es honrado y adorado, no sólo en la unidad de su divina esencia, sino también en la trinidad de personas.

Y si a Dios Padre le atribuimos la creación, por ser El el origen en la Trinidad, y a Dios Hijo le atribuimos la redención, por ser una obra eminente de la Sabiduría de Dios, también al Espíritu Santo, que es la consumación de las procesiones divinas, le atribuimos la obra de consumarlo y perfeccionarlo todo en el orden sobrenatural, en el orden de la vida de la gracia. Nos estamos refiriendo a la obra de la santificación.

Veamos, pues, cómo ejerce el Espíritu Santo esta obra asombrosa, según un orden admirable:

- Primero, en Nuestro Señor Jesucristo mismo.
- Luego, en la Iglesia el día de Pentecostés.
- Y finalmente, en cada una de nuestras almas.

## **1º El Espíritu Santo y la santificación de Nuestro Señor Jesucristo.**

La escena de Pentecostés, en que el Espíritu Santo desciende sobre los Apóstoles reunidos alrededor de la Santísima Virgen, nos recuerda otra escena mucho más íntima, en que sucedió algo parecido: la escena de la Anunciación. Está María, Virgen de Nazaret, en oración profunda, cuando de repente se le aparece un ángel, que le anuncia de parte de Dios que ha sido elegida para ser la Madre del Redentor, y le pide su consentimiento. Para eso, el ángel le asegura que todo será obra divina: el Espíritu Santo descenderá sobre Ella y realizará en Ella su obra maestra, un Dios hecho hombre. Apenas la Santísima Virgen ha dado su consentimiento, el Espíritu Santo desciende sobre Ella, y de su sangre purísima forma la humanidad del Hijo de Dios; y esta humanidad así concebida la une en el mismo instante a la persona divina del Verbo, y la adorna con todas sus gracias sobrenaturales: gracia santificante, virtudes infusas y dones. Es lo que también le había dicho el ángel: «*Quod nascetur ex te Sanctum*»: el que nacerá de ti será Santo, el Santo por excelencia, porque será la obra acabada del Espíritu de Santificación.

## **2º El Espíritu Santo y la santificación de la Iglesia.**

Claro está que el trabajo del Espíritu Santo no podía detenerse en la persona de Jesucristo; pues siendo El la cabeza de los redimidos, le faltaba poseer su Cuerpo místico, la Iglesia; que para ser un cuerpo digno de El, también debía ser santificado por el Espíritu Santo. Y así Nuestro Señor Jesucristo da órdenes a los Apóstoles, antes de su Ascensión, diciéndoles que no se retiren de Jerusalén antes de ser revestidos del poder de lo alto:

*«Aguardad al Prometido del Padre; porque como Juan bautizó en agua, vosotros seréis bautizados en el Espíritu Santo de aquí a no muchos días... Recibiréis la fuerza del Espíritu Santo, que vendrá sobre vosotros, y seréis mis testigos en Jerusalén, y en toda Judea, y en Samaría, y hasta el último confín de la tierra».*

Así, en Pentecostés el Espíritu Santo aparece santificando al Cuerpo Místico de Cristo, que es la Iglesia. Y esta santificación se realiza de modo semejante a como se realizó la de Cristo en el seno de la Santísima Virgen.

- Ante todo, así como el ángel prometió a María que el Espíritu Santo descendería sobre Ella, del mismo modo Cristo prometió el don del Espíritu a sus Apóstoles.

- Luego, así como el Espíritu Santo descendió sobre la Santísima Virgen, para realizar en Ella la encarnación del Verbo, del mismo modo desciende ahora sobre la Iglesia, en la persona de los Apóstoles, reunidos todos alrededor de la Santísima Virgen.

• Finalmente, así como el Espíritu Santo santificó la humanidad de Cristo con la efusión plena de sus dones y gracias sobrenaturales, del mismo modo santifica ahora a la Iglesia con una medida abundantísima de sus gracias y dones divinos.

En ese día de Pentecostés el Espíritu Santo aparece, respecto de la Iglesia, bajo un triple aspecto:

1º Ante todo, como el **Espíritu de verdad**, que ha de asistir continuamente a los Apóstoles en la misión de predicar la fe a través de los siglos.

*Este mismo Espíritu que habló por los Profetas, ilumina ahora abundantemente las inteligencias de los Apóstoles, de modo que, de incultos que eran, pasan a ser los grandes Maestros y Doctores de la Iglesia: su doctrina, que es la recibida de Cristo y la recordada por el Espíritu Santo, se convierte en el criterio único de la fe: es la revelación divina, tanto oral como escrita.*

2º Luego, como el **Espíritu de santidad**, que transforma profundamente el corazón de los Apóstoles, y los convierte en instrumentos aptos para santificar a las almas.

*De imperfectos que eran, y altaneros, inmortificados, vehementes, egoístas, duros de corazón en creer, pasan a ser humildes, dulces, pacientes como su Maestro, modelo de todas las virtudes... Son realmente otros en las disposiciones de sus corazones: de terrenos que eran pasan a ser hombres totalmente espirituales, desprendidos de la tierra y de las criaturas, y de la mentalidad terrena que tenían antes. Con su fuego de caridad, el Espíritu Santo consumió en ellos todo lo que en ellos era impuro y terreno.*

3º Finalmente, como el **Espíritu de fortaleza**, que hace a los Apóstoles capaces de todo por Dios.

*Y por eso, veremos a los Apóstoles predicar con toda la libertad del hombre de Dios, sin intimidarse por amenazas, sin dejarse amedrentar por tribunales humanos, tanto de judíos como de gentiles, y sin temer siquiera a la misma muerte, que todos darán gustosos por la predicación del nombre de Cristo.*

### 3º El Espíritu Santo y la santificación de nuestras almas.

Estas maravillas realizadas por el Espíritu Santo en los Apóstoles y en los primeros cristianos de manera tan visible, para manifestar a toda la Iglesia la eficacia de la acción del Espíritu Santo y su presencia en la vida de la Iglesia, se perpetúan de siglo en siglo, y siguen realizándose en nuestras almas. El papa León XIII, al hablar de ello en su encíclica sobre el Espíritu Santo, señala sobre todo tres etapas en esta santificación de nuestras almas por el Espíritu Santo:

• La primera la forman los **sacramentos del Bautismo y de la Confirmación**, en que todo cristiano ha recibido el Espíritu Santo, ya sea para nacimiento y regeneración, ya sea para fortalecimiento y perfección.

• La segunda es **la gran realidad de la inhabitación trinitaria**: el Espíritu Santo está presente en el alma del cristiano de un modo mucho más íntimo que en el resto de la creación, hasta el punto de decirse que vive en él realmente, y que el cristiano se convierte en su templo, en su habitación, en su morada.

• Y la tercera es **la acción en las almas a través de sus siete dones**, con los cuales perfecciona todo el organismo de las virtudes y sus respectivos actos, llevando así a las almas a vivir perfectísimamente en el sentido de su filiación sobrenatural y divina.

### Conclusión.

El Papa León XIII, al concluir su encíclica sobre el Espíritu Santo, resalta dos deberes fundamentales hacia el Espíritu Santo:

• El primero es el de **un gran amor hacia El**; un amor que nos haga invocarlo filialmente, como al Padre de los pobres, para que corrija en nosotros todas las miserias que se oponen a la santidad y a la vida divina:

*«Ven, Padre de los pobres,  
ven, dador de las gracias,  
ven, luz de los corazones.*

*Lava lo que está manchado,  
riega lo que es árido,  
cura lo que está enfermo.*

*Doblega lo que es rígido,  
calienta lo que es frío,  
endereza lo que está torcido».*

• El segundo es el de **una gran docilidad hacia sus inspiraciones**. Esta es la gran actitud que encontró en la Santísima Virgen, en la santa humanidad de Nuestro Señor Jesucristo, en los Apóstoles y en la Iglesia reunida en el Cenáculo. Sólo a esta condición podrá El santificar nuestras almas, si ellas se prestan de buena voluntad en corresponder a sus gracias, y para ello mortifican todas las resistencias que el hombre viejo presenta a la acción de la gracia.

Pidamos estas gracias a la Santísima Virgen, que ha sido llena del Espíritu Santo, y lo ha sido tres veces: la primera, para su propia santificación en su inmaculada concepción; la segunda, para convertirse en Madre de Cristo; y la tercera, para convertirse en Madre de la Iglesia. Que Ella nos comunique las disposiciones necesarias para ser transformados a semejanza de Cristo, por la acción del Espíritu Santo, su Esposo, y de Ella misma, su Esposa inmaculada, para gloria de Dios y salvación de las almas.